

PRESENTACIÓN: EL PROBLEMA DE LA PERCEPCIÓN*

Es probable que en los distintos análisis filosóficos de la percepción, desde la antigüedad hasta hoy, resulte imposible evitar suscribir una teoría de suyo opuesta a otra, o a varias, de un modo casi insalvable. Incluso el diagnóstico de su problematicidad parece implicar una elección entre distintas teorías de lo real, lo mental y el mundo externo, cuya delimitación y clasificación ofrece no pocas dificultades. ¿De qué se trata en la percepción?, ¿cuál es su naturaleza?, ¿es un modo de conocer el mundo externo y su influencia en las ideas y juicios que somos capaces de emitir, o se refiere más bien al cumplimiento de las expectativas sensoriales o mentales (espirituales)?, ¿qué se entiende por objeto de la percepción? Preguntas como estas, que concentran intereses claves no solo de filosofía y de epistemología de la percepción, abren una amplia ramificación de cuestiones sobre las que no parece haber acuerdo en la dilatada historia de los distintos modos de analizar la percepción¹.

* Presentación correspondiente a dos números monográficos, respectivos, de las revistas: *Azafea* (Salamanca, n.º 14, 2012) y *Euphyia* (Aguascalientes, n.º 9, 2011), que recogen parte de los resultados del Grupo de Investigación Filosófica USB-USAL sobre problemas de filosofía y epistemología de la percepción. La versión de este volumen presenta ligeras modificaciones y adiciones respecto a la de *Euphyia*.

1. «¿Se trata de objetos mentales o materiales?, ¿existen estos objetos independientemente del acto de percibir o son constructos?, ¿cuál es la naturaleza y función de la experiencia perceptiva?, ¿qué papel desempeña el pensamiento en la percepción?» (MAUND, B., *Perception*, Chesham, Acumen, 2003, p. ix [prefacio]). Según Maund, estas y otras preguntas centrales en torno a la percepción conforman puntos en los que no se ha logrado un consenso en los últimos 3000 años, ni estamos cerca de conseguirlo ahora (cfr. p. x). Con un trasfondo similar, Lambert Wiesing examina el consenso en torno al «interpretativismo» (las percepciones surgen de las actividades y producciones del sujeto), surgido, según el autor, hace poco más de 200 años, contra el que ensaya una autopsia que pone en tela de juicio los presupuestos de este modelo, que ha resultado ser paradigmático –así Wiesing– para las teorías filosóficas, neurofisiológicas y psicológicas actuales de la percepción (cfr. WIESING, L., *Das Mich der Wahrnehmung. Eine Autopsie*, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 2009, pp. 7-9; véase también su trabajo, publicado en este volumen, «De las *condiciones de posibilidad* a las *consecuencias de la realidad*. Sobre fenomenología de la percepción»).

Aún partiendo de una posición escéptica en lo referente a su origen², la investigación de la percepción persiste como uno de los principales problemas transversales de la filosofía con mayor presencia en distintos campos del conocimiento: psicología, teoría de la ciencia, teoría del arte, neurociencias, etc. Paradójicamente, a pesar de no disponer aún de una explicación satisfactoria que logre restringir lo que hemos de entender por percepción, los principales presupuestos y el desarrollo de las ciencias –no solo de las naturales y empíricas– se sustentan en el grado de evidencia que proporciona el dominio de la percepción en tanto ámbito de lo «discriminable» o, incluso, de lo analizable respecto al entorno. La fortaleza de la evidencia perceptiva descansa en la certeza que proporcionan las percepciones ante la posibilidad de ser engañados por percepciones, es decir, los errores perceptivos solo pueden ser corregidos con más percepciones (sea que éstas se encuentren mediadas, como plantea Descartes, por la «inspección del espíritu», o por los «signos» y «naciones» de la sensación, que, como sugiere Reid, no evitan que los sentidos nos sigan engañando, pero tampoco permiten que dudemos de ellos, ni podemos realmente hacerlo)³. ¿Dónde radica este privilegiado grado de certeza de la evidencia perceptiva?, ¿hay algún modo de designar lo que es perceptivamente evidente, o tenemos que decir, con Kuhn, que se trata de un «simple parroquialismo»?

Desde un punto de vista historiográfico tampoco puede hablarse de un claro consenso en la delimitación de los distintos enfoques y teorías (realismo directo, realismo indirecto, representacionalismo, fenomenalismo, funcionalismo, adverbialismo, etc.). Aún concediendo que algunos de estos enfoques (y sus nociones o registros) adquirieron, tras Platón y Aristóteles, mayor consideración y relevancia a partir de las concepciones y modelos helenísticos (epicúreos, estoicos y escépticos): siendo reconsiderados y reformulados conjuntamente con los problemas de método y evidencia racional en la modernidad, retomados en el exhaustivo análisis de los presupuestos del sentido común por parte del empirismo inglés, el psicologismo escocés y el criticismo kantiano, pasando luego por las teorías fenomenológicas y el desarrollo casi en paralelo de las líneas analítico-inductivas, hasta las más recientes teorías de la mente; aún admitiendo que se trata de presupuestos identificables en la historia de las distintas tradiciones filosóficas, resulta complejo ensayar una clasificación de tales enfoques sobre la base de lo que designan.

2. Por ejemplo, la de Wiesing, quien expresa de entrada su convicción de que «la existencia de percepciones no se puede explicar» (WIESING, L., *Das Mich der Wahrnehmung*, op. cit., p. 7).

3. «First, because it is not in my power» (REID, T., *An Inquiry into the Human Mind, On the Principles of Common Sense*», Glasgow, 1819, p. 308).

Por ejemplo, la identificación de criterios generales en algunos períodos, sugerida por Gilbert Simondon, presenta dificultades importantes si se considera cada una de las teorías y corrientes agrupadas bajo dichos criterios. Según Simondon, en la antigüedad –desde los primeros objetos e implicaciones de la lógica, psicología, y ética– la percepción fue comprendida, y utilizada, como «*instrumento*» de conocimiento tanto directo como teórico del mundo y del hombre⁴ (aunque éste último de manera adicional o, si se quiere, indirecta). Criterio que operaría en la descripción de los elementos y las cualidades sensibles propuestas por los físicos (y fisiólogos) jónicos (Tales, Anaximandro, Anaxímenes), la crítica eleática del devenir (Parménides, Zenón), los números ideales pitagóricos, la doctrina platónica de los arquetipos, el hilemorfismo aristotélico, la teoría de la acción sobre la base de sensaciones infalibles del epicureísmo y la percepción del ritmo cósmico del estoicismo⁵ –a lo que podríamos añadir también el escepticismo «dilucidatorio» de Sexto Empírico–. En la modernidad clásica, tanto el racionalismo (Descartes, Malebranche, Spinoza, Leibniz) como el empirismo (Locke, Berkeley, Hume), hasta el «relativismo» de la sensibilidad y formas *a priori* de Kant, se habría comprendido –según el autor– la percepción como *operación*⁶. El resto de los pensadores y teorías modernas (T. Reid, Hamilton, D. de Tracy, M. de Biran, V. Cousin, Bergson, Helmholtz, Stuart Mill) hasta las teorías fenomenológicas más actuales de la percepción (especialmente Merleau-Ponty) comprenderían la percepción como *función y efecto*⁷. Aunque estas agrupaciones puedan ser de utilidad para la descripción de concepciones generales surgidas en algunos períodos, la correspondencia entre épocas, teorías y criterios agrupados resulta en algunos casos discutible.

De un modo sugerente, Barry Maund, entre otros, presenta una descripción de los presupuestos de las tradiciones que sustentan las dos concepciones rivales que han subsistido a lo largo de la historia de la filosofía hasta la actualidad. Por un lado, lo que denomina *realismo natural*, que sigue la pista funcionalista de lo que expone como planteo aristotélico-estoico y realismo de Thomas Reid, planteamiento que «da por sentado que percibimos [como organismos sanos] el mundo físico y sus características [...] Lo más importante es comprender cómo opera la percepción»⁸. Esta línea conformaría un eje central entre los

4. SIMONDON, G., *Cours sur la Perception (1964-1965)*, Chatou, Les Éditions de la Transparence, 2006, p. 5.

5. SIMONDON, G., *op. cit.*, pp. 7 y ss.

6. SIMONDON, G., *op. cit.*, pp. 43 y ss.

7. SIMONDON, G., *op. cit.*, pp. 71 y ss.

8. MAUND, B., *op. cit.*, p. 2. Maund amplía la línea interpretativa del realismo aristotélico-estoico planteada en los respectivos trabajos de Frede y Block, cuya tesis

presupuestos de la epistemología naturalizada de Quine, el funcionalismo de Putnam, el realismo de Austin y la ontología de Heidegger⁹. Por el otro lado, el *justificacionismo epistemológico* de la *experiencia perceptiva*: «sabemos lo que es ver un lobo, oír una campana, catar un vino. Intentamos dar cuenta tanto de la naturaleza como de la estructura de dicha experiencia y del papel epistemológico que desempeña»¹⁰. En esta tradición el énfasis estaría, por tanto, en la fenomenología de la percepción y a ella pertenecerían –según Maund– Descartes, Locke, Berkeley, Hume, Russell, Ayer, entre muchos otros, conformando la tradición históricamente dominante¹¹. Aunque puedan encontrarse algunos matices discutibles sobre los presuntos representantes y concepciones de las tradiciones reseñadas por Maund, su lectura resulta plausible en tanto «arqueología» y esclarecimiento de los principales presupuestos de las dos posiciones generales actuales con mayor influencia en la descripción de los principales elementos y procedimientos (ontológicos y epistemológicos) que se encuentran en el centro de la discusión de teorías filosóficas de la percepción.

Quizás una de las principales causas de la doble problemática, brevemente reseñada aquí, se encuentre justamente en la dificultad de realizar un análisis exclusivamente epistemológico, o exclusivamente ontológico, o fenomenológico, o solo como parte de la filosofía de la mente, etc., de lo que queremos comprender como experiencia perceptiva. En todo caso, esta problemática nos sitúa en el contexto general de los temas y problemas que abordan los trabajos de este monográfico, el cual incorpora la importante contribución de Paul Snowdon al esclarecimiento de la formulación y presupuestos de una de las teorías epistemológicas actuales de la percepción con mayor relevancia: el disyuntivismo desde la versión propuesta por John McDowell.

Desde un punto de vista fenomenológico, Lambert Wiesing examina críticamente los presupuestos, enclavados en el «mito de lo mediato», del paradigma interpretativista (constructivista) dominante en la actualidad, proponiendo un giro hacia el primado de la percepción. También en un contexto fenomenológico, María del Carmen Paredes analiza la particularidad de los conceptos

central sostiene que «un organismo sano, cuyas operaciones de sus órganos sensoriales funcionan de modo apropiado, está habilitado para adquirir conocimiento del mundo» (*id.*; cfr. FREDE, M., «Stoics and Skeptics on Clear and Distinct Impressions», en: BUERNYEAT, M. (ed.), *The Skeptical Tradition*, Berkeley, UCP, 1983, pp. 65-94; BLOCK, I., «Truth and Error in Aristotle's Theory of Perception», *Philosophical Quarterly* 11 [1961], pp. 1-9).

9. MAUND, B., *op. cit.*, p. 3; 89 y ss.

10. MAUND, B., *op. cit.*, p. 4.

11. *Idem.*

husserlianos de percepción y atención como captación de objetos del mundo y momentos o determinaciones de las cosas, respectivamente, acentuando la diferencia de Husserl en relación con las teorías de la abstracción del empirismo clásico. Desde un punto de vista estético, Sandra Pinar di estudia la «ontología del sentir» de Merleau-Ponty y sus implicaciones en la noción de «horizonte de invisibilidad», vinculada a la expresividad de los lenguajes del arte.

Javier Aoiz investiga la evolución de la noción de evidencia (*enargeia*) en relación con la de percepción (*aisthesis*) en la Filosofía Antigua, destacando la formulación de Epicuro de la naturaleza del percibir y su veracidad respecto a otras facultades, así como la respectiva objeción de Sexto Empírico a esta concepción a través del concepto de afección (*phatos*). Tanto su trabajo como el de Deyvis Deniz exploran la noción de *synaisthesis* como modo de reflexividad elemental en la antigüedad tardía. Deniz analiza, en concreto, la concepción de conciencia de Hierocles, anclada en la percepción, una concepción particular en la antigüedad que define la percepción de un objeto como una acción en la que se produce una co-percepción del sujeto.

También en torno al problema de la evidencia, vinculada a la apercepción, el trabajo de Gustavo Sarmiento plantea una crítica a la perspectiva de la conciencia, dominante en la modernidad, para la que Descartes ofrecería un concepto de evidencia inspirado en una interpretación errada del método de las matemáticas, lo que condujo a una doctrina –de larga tradición– de la inmanencia de la conciencia, cuya principal consecuencia fue la negación del conocimiento inmediato de las cosas. Jorge Alfonso Chávez Gallo, examina la indistinción nietzscheana entre mundo mental y material como base del reconocimiento de los afectos y las pasiones como única realidad «dada», la primacía de las fuerzas activas sobre las reactivas.

Desde un punto de vista ético-ecológico, Luciano Espinosa aborda el problema actual de la percepción social del medio ambiente, indagando sobre las razones que producen las complejas disociaciones que influyen en la negación de elementos cruciales de la realidad cuya desatención se revierte en consecuencias graves para la vida del ser humano.

Reynner FRANCO
Universidad de Salamanca